



# Concilio Vaticano II, una llamada de futuro

EMAÚS 103

D. Aleixandre  
X. Basurko  
F. Clua  
J. M. Domingo  
J. Gomis  
A. Iniesta  
J. Lligadas  
P. Malla  
J. Martín Velasco

**CPL**  
editorial

**D. Aleixandre, X. Basurko, F. Clua,  
J.M. Domingo, J. Gomis, A. Iniesta, J. Lligadas,  
P. Malla, J. Martín Velasco**

# Concilio Vaticano II, una llamada de futuro

Colección Emaús 103  
Centre de Pastoral Litúrgica

# Sumario

Una llamada de futuro .....	7
Pequeña historia de un Concilio inesperado ( <i>Joaquim Gomis</i> ) .....	9
Las siete principales adquisiciones del Concilio ( <i>Josep Lligadas</i> ) .....	31
Seis testimonios .....	51
“El Concilio visto por una juniora y su entorno” ( <i>Dolores Aleixandre</i> ) .....	51
Mi vivencia del Vaticano II ( <i>Xabier Basurko</i> ) .....	57
Cómo viví el Concilio ( <i>Francesc Chua</i> ) .....	63
El fuego y el rescoldo del Concilio ( <i>Alberto Iniesta</i> ) .....	66
Desde París ( <i>Pilar Malla</i> ) .....	69
Mi Concilio ( <i>Juan Martín Velasco</i> ) .....	74
10 textos antológicos del Concilio Vaticano II ( <i>Josep M. Domingo</i> ) .....	81
Los documentos del Concilio Vaticano II .....	111
Cronología básica del Concilio .....	113

## Las siete principales adquisiciones del Concilio

El Concilio Vaticano II nos ha dejado un conjunto de adquisiciones irreversibles. Es decir, adquisiciones que siempre estarán ahí, para quien las quiera, y que no dejarán de estar aunque los vientos del momento parezcan soplar en otras direcciones.

Aquí quisiera recoger siete de estas adquisiciones, las que a mí me parecen más básicas. Y que son siete porque, como es suficientemente sabido, siete es un número que significa plenitud.

Pero me permitirá el lector que, antes de presentar estas adquisiciones, presente un poco “mi” Concilio. Mis recuerdos en torno a aquel acontecimiento. Quizá algunos no fueron exactamente como los cuento, sino que son construcciones posteriores, porque ya se sabe como funcionan esas cosas de la memoria. Pero ahí están. Y también son siete.

### Siete recuerdos para empezar

1. El 9 de octubre de 1958. Tres días antes yo había cumplido los ocho años. Y aquel día los niños y niñas que

participábamos en el canto de las “caramelles” de Pascua Florida de la parroquia de Viladsdecans celebrábamos la excursión anual. O sea que nos fuimos concentrando todos delante de la iglesia, con el vicario, Joaquim Palomera, y de pronto apareció el párroco, Ramon Saborit, para decirnos que había muerto el papa Pío XII. Creo recordar que me asusté pensando que nos suprimirían la excursión. Pero no. Nos hicieron entrar en la iglesia, nos arrodillamos y, todos con la cara tapada con las manos, rezamos un padrenuestro. Y salimos para la excursión.

2. El 28 de octubre de 1958. En casa no teníamos televisión, y la radio casi no la escuchábamos. Pero los vecinos de la planta baja sí. Y aquel día, el vecino de abajo, que tenía un año más que yo y se llamaba Juan, subió corriendo las escaleras gritando: “El papa nuevo se llama Juan XXIII. Yo seré el XXIV”. En realidad, papa no ha sido, pero sí concejal del ayuntamiento durante dos legislaturas. Pero, independientemente de este hecho, el caso es que esta fue mi primera noticia de la elección de Juan XXIII. Todo muy sencillo y cercano, como el nuevo papa.

3. El 11 de octubre de 1962. Lo recuerdo como un momento solemne. Nos reunieron a todos en el salón de actos del Seminario, entronizaron una televisión en el escenario, y así seguimos la ceremonia inaugural. Diría que era la primera vez que veíamos la televisión en el Seminario, pero no lo podría asegurar. Lo que sí puedo asegurar es que no recuerdo ninguna imagen de lo que vimos aquel día. Recuerdo sólo las que he ido viendo después. Me imagino que lo que aquel día me impactó y borró todo lo demás fue el sentimiento de vivir un acontecimiento excepcional. Y sí, el sentimiento era correcto.

4. El 3 de junio de 1963. Era el lunes de Pascua de

Pentecostés y, como todos los días festivos, por la tarde teníamos estudio, es decir, un tiempo en el que estábamos en la clase sentados estudiando y haciendo deberes. Ya lo sabíamos, que Juan XXIII se estaba muriendo. Pero aun así, yo recuerdo como una sorpresa inesperada y desagradable ver que se abría la puerta y entraba uno de los superiores, Jordi Sotorra, a decirnos que el papa había muerto. Bajamos a la capilla a rezar. No recuerdo que clase de oración hicimos, pero sí recuerdo la emoción del momento.

5. El 1 de enero de 1965. Aquel día, como una primera experiencia de la reforma conciliar, se permitía leer las lecturas de la misa en la lengua de la gente. Y este momento lo recuerdo muy vivamente. Yo estaba en Viladecans, de vacaciones. Decía la misa el párroco Ramon Saborit, aún de espaldas, y con la casulla de guitarra de las fiestas, blanca con ribetes amarillos y una cruz también amarilla. Y en el momento de la primera lectura (la epístola, que se decía entonces) se giró y empezó a leérnosla en catalán. La lectura era la de Tito 2,11-15, que es la que se leía aquel día según el leccionario antiguo, y empezaba: “Ha aparecido la gracia de Dios...”. Todo un augurio.

6. El 6 de marzo de 1965. La misa en la lengua de la gente tenía que implantarse en toda la Iglesia el primer domingo de Cuaresma, el 7 de marzo. Pero en el Seminario, supongo que después de haber pedido los permisos correspondientes, lo adelantaron al día anterior, el 6, día de San Olegario, obispo de Barcelona, que entonces se celebraba con especial relieve en la diócesis. Yo lo viví como una gran fiesta. Ya habíamos comenzado la Cuaresma, pero aquel día era de color blanco, y se decía el Gloria a Dios en el cielo. Cantamos la misa que había compuesto Albert Taulé, llamada “Misa del papa Juan”.

Fue, creo, el estreno mundial, porque en el resto de lugares donde la cantaron, lo harían al día siguiente. Y nunca olvidaré, sobre todo, el entusiasmo de aquel Gloria.

7. El 15 de abril de 1965. Jueves Santo. Tengo la imagen de que la misa la celebramos en el salón de actos, pero me extraña que celebrásemos una misa tan importante fuera de la capilla. En cualquier caso, lo que sí es seguro es que fue la primera concelebración a la que asistí. Presidía el rector, Josep Campo. Y mi recuerdo es que aquel día tuve una gran sensación de unidad, de comunión eclesial.

Y aquí terminan mis siete recuerdos. Objetivamente no son muy relevantes, ya lo sé. Pero lo que denotan, vistos a distancia, es ilusión y espíritu de novedad, aquel “Todo lo hago nuevo” del Apocalipsis. Si uno tiene en cuenta que una de las obsesiones históricas del catolicismo había sido criticar el “afán de novedades”, se entiende mucho más la revolución que el Concilio significó.

Con todo lo que llevo dicho, ya se ve que para mí el Concilio fue, antes que nada, un acontecimiento, y no un conjunto de documentos. Y es desde esta perspectiva que presentaré las que para mí son las principales adquisiciones conciliares. Evidentemente que los documentos son fundamentales. Pero no se pueden entender sin el acontecimiento que está detrás de ellos. Yo creo que ocurre como ocurrió con el fundador del cristianismo, Jesús de Nazaret, cuya presencia en la tierra de Palestina fue, ante todo, un acontecimiento.

Ahí van, pues, las que para mí son las siete principales adquisiciones conciliares.

## **Primera adquisición: La liturgia más cercana y más auténtica**

Desde el punto de vista de la importancia teórica, o del orden lógico, la reforma litúrgica no fue la adquisición más relevante del Concilio. Pero sí fue la más visible, y la que más claramente mostró a todo el pueblo cristiano, y también a los que no formaban parte de él, que nos encontrábamos ante un gran cambio. La liturgia, la celebración cristiana, es el elemento más significativo de la realidad eclesial, su expresión más palpable. Y la Iglesia, reunida en su instancia más elevada y de mayor autoridad, decidió que esto cambiaba, que su expresión más palpable daba un giro radical. Y lo daba, además, con ilusión, con muchas ganas, transmitiendo convicción y alegría. Incluso, podríamos decir, con un cierto espíritu provocativo. Como diciendo al mundo: nosotros no tenemos miedo de romper con las cosas más arraigadas, si nos damos cuenta y nos convencemos de que merece la pena hacerlo para ser más fieles a lo que queremos ser.

Recordemos cuál era la situación cuando el Concilio abordó el tema.

Lo más determinante es el hecho de que la misa era en latín, de manera que el pueblo cristiano, llamado desde su inicio a encontrar en la Eucaristía el punto de referencia principal de su fe, no entendía lo que allí se decía: su participación en la Eucaristía consistía, básicamente, en creer que allí acontecía algo fundamental y decisivo para la vida cristiana, pero sin que lo que se hacía en el altar pudiese ayudarle a vivir esta fe, ni le facilitase medios para sentirlo como algo propio: todo dependía de su capacidad de vivencia interior, y de las ayudas que pudiesen ofrecerle las exhortaciones y oraciones con



las que se llenaba el tiempo de la misa, así como de las emociones que le pudiesen suscitar los distintos ritos y cantos cuando se realizaban dignamente.

Otro aspecto determinante era que la celebración se hacía de espaldas, y normalmente en altares alejados de la asamblea, de modo que el clima era todo lo contrario del que Jesús creó en su última cena, y todo lo contrario del que encontramos en escenas como la de los discípulos de Emaús, y del que encontramos también en la práctica litúrgica de los primeros cristianos.

Un tercer aspecto es que todo lo hacía el sacerdote celebrante. Los demás ministros que intervenían en la celebración eran vistos, o bien como simples ayudantes del sacerdote, o bien como una especie de ornamentaciones para dar solemnidad. Pero lo que valía, lo que contaba, era lo que hacía el sacerdote.

Un cuarto aspecto es que habitualmente no se comulgaba dentro de la misa. Este hecho, que en los últimos tiempos preconciarios se había ido corrigiendo, resultaba una flagrante contradicción con las palabras del propio Jesús en la última cena. Para muchos cristianos, la adoración del Santísimo parecía más importante que la misma celebración de la Eucaristía, y mucho más importante que la comunión que Jesús instituyó como objetivo final de la celebración eucarística.

Y finalmente, un último aspecto era el poco interés en la proclamación de la Palabra de Dios. Además de hacerse en latín, la selección de lecturas en el leccionario preconciar era muy pobre y, además, se había educado al pueblo cristiano en el convencimiento de que aquello no tenía importancia: la misa, se decía, es válida para

cumplir con el precepto dominical si uno llega justo en el momento de empezar el ofertorio...

El Concilio rompió con toda esta dinámica. Y recuperó el tono celebrativo que descubrimos en la Eucaristía de Jesús y en la tradición del Nuevo Testamento y de los primeros cristianos. ¿Alguien podría imaginarse a san Pedro presidiendo la Eucaristía de sus comunidades poniéndose de espaldas a la gente y leyendo lecturas o diciendo plegarias en una lengua que sus cristianos no entendiesen? En el Concilio, para abrir las puertas a este cambio (que en los documentos conciliares se presenta de manera todavía tímida, como una posibilidad, pero que enseguida se convirtió en una obviedad imparable) fue necesario vencer sobre todo un argumento comprensible pero en realidad inconsistente: el de que si la Eucaristía se celebraba en la lengua de la gente, y el sacerdote se ponía de cara a la asamblea, y subían al altar distintas personas para ejercer determinadas funciones, se perdería el carácter sagrado que la celebración debía tener, y no se ayudaría a la asamblea cristiana a mantener el espíritu de oración y de contemplación del misterio que allí acontece.

Pero resulta que los que presidían las celebraciones de las primeras comunidades cristianas no necesitaban hablar en ninguna lengua desconocida ni ponerse de espaldas para ayudar a vivir la presencia del misterio. Una lengua que todos conozcan, y una celebración cercana y accesible son magníficos vehículos para vivir y profundizar y compartir la presencia de Dios y la entrega de Jesús. Y esto es lo que el Concilio Vaticano II nos dejó con la reforma litúrgica.

## Segunda adquisición: El retorno al Evangelio

Esto último que acabamos de decir nos lleva ya a lo que podríamos considerar como el fundamento principal de todo lo que el Concilio quiso hacer: el retorno a las fuentes del cristianismo, el retorno al Evangelio. El Concilio significó un gran esfuerzo para acercarse a Jesús, ver cómo él actuaba y qué es lo que él enseñaba, e intentar descubrir cómo había que traducirlo en los momentos actuales.

Uno de los grandes momentos significativos de la época conciliar fue, sin duda, el encuentro en Jerusalén, el 5 de enero de 1964, entre el papa Pablo VI y el patriarca de Constantinopla Atenágoras. Siglos y siglos de alejamiento se cerraban de manera simbólica con aquel gesto común. Y Pablo VI expresó el sentido del gesto y del lugar donde el gesto se realizaba: de lo que se trataba era de “ir a las fuentes del Evangelio”. Lo cual no significaba renegar del patrimonio de tradición y de interpretación que la Iglesia había ido acumulando a lo largo de los siglos, pero sí de ser capaces de poner en primer plano lo esencial: el camino abierto por Jesús, los criterios de vida enseñados y vividos por Jesús. Sólo a partir de este retorno a lo esencial sería posible el encuentro entre los propios cristianos –que era lo que allí se quería visibilizar–, pero no solo eso: solo a partir de este retorno a lo esencial sería posible presentar una fe cristiana auténtica, creíble, capaz de ser un camino para el mundo.

Este retorno a las fuentes del Evangelio, que formaba parte de los anhelos de los padres conciliares más dispuestos a buscar la renovación de la Iglesia y su *aggiornamento* –su “puesta al día”, en expresión feliz e intraducible que puso de moda Juan XXIII– y también de tantos y tantos

cristianos que buscaban lo mismo, podríamos decir que tenía varios niveles.

El primero, revalorizar entre los cristianos el acercamiento personal y comunitario al Evangelio y a toda la Biblia. No era nada habitual, este acercamiento libre al Evangelio. El alimento de la vida cristiana venía entonces, más bien, de las predicaciones eclesíásticas. Y si puedo añadir yo mismo otro recuerdo personal como los que he recogido al principio, diré que, no recuerdo qué año, en el Seminario nos dieron, o vendieron, un ejemplar del Nuevo Testamento. Y cuando, al llegar a mi pueblo, se lo enseñé al párroco, el ya mencionado Ramon Saborit, su reacción fue inmediata: “¿Ahora en el Seminario quieren que os hagáis protestantes?”. Y es que leer el Evangelio como alimento de la propia fe, entonces, era algo propio de protestantes.

El segundo nivel es la valoración de las investigaciones científicas a propósito de la Biblia, para conocerla más a fondo, para descubrir cómo hay que leerla para entender mejor su sentido, para saber separar el grano de la paja, para no asustarse cuando las investigaciones muestran que determinado pasaje no es ninguna crónica literal de los hechos... Como había hecho el movimiento litúrgico preparando a lo largo de todo el siglo la renovación que el Concilio llevó a cabo, también el movimiento bíblico había ido evidenciando que había que aprender a acercarse a la Palabra de Dios de una manera nueva.

Y finalmente, el tercer nivel, que es el que hemos destacado al principio de este apartado, pero que sin los dos niveles anteriores no se aguantaría: poner, como criterios básicos de todas las actuaciones eclesiales, los criterios que Jesús vivió y enseñó. Buscar siempre, sistemáticamente, la inspiración y la guía en el Evangelio.

De aquí, de estos criterios, apelando a ellos explícitamente o simplemente llevándolos dentro del alma, nacerá la nueva mirada hacia la propia Iglesia y hacia el mundo, que es lo que veremos en los cinco apartados restantes.

### **Tercera adquisición: Una Iglesia amiga, una Iglesia confiada**

El día de la inauguración del Concilio, el 11 de octubre de 1962, al anochecer, se fue reuniendo un gran número de gente en la plaza de San Pedro, con antorchas en las manos, i reclamaron al papa que saliese al balcón. Juan XXIII finalmente salió, y les dirigió unas palabras que empezaron así: “¡Queridos hijos! Oigo vuestras voces. La mía no es más que una voz, pero resume la voz del mundo entero. Aquí está representado todo el mundo. Se podría decir que incluso la luna se ha dado prisa en venir, esta noche. Miradla allí arriba, observando este espectáculo. Es que estamos terminando una gran jornada de paz... de paz. ¡Gloria a Dios, y paz a los hombres de buena voluntad!”.

Todo el discurso tuvo este tono. Por ejemplo: “Sigamos, pues, amándonos, amándonos así, mirándonos así cuando nos encontremos: tomando lo que nos une, dejando de lado, si lo hay, lo que puede constituir dificultad”. Y, ya hacia el final: “Al volver a casa, encontraréis a vuestros hijos. Hacedles una caricia a vuestros hijos y decidles: Esta es la caricia del papa. Encontraréis alguna lágrima que enjugar. Tened, para el que sufre, una palabra de consuelo. Decidles: El papa está con nosotros, de modo especial en las horas de tristeza y amargura...”.

No, no fue un discurso de gran contenido teórico. Ni falta que hacía. Pero sí fue un discurso que mostraba, de

modo inequívoco, cuál debía ser el talante de la Iglesia. Aquí, el papa supo significar este talante del modo más sencillo, más limpio, más inmediato. De hecho, aquella misma mañana, en el discurso de apertura del Concilio, ya había formulado, y esta vez habiéndolo preparado con precisión, sin improvisar, cómo debía ser este talante: “En el ejercicio cotidiano de nuestro ministerio apostólico, a menudo nos llegan, ofendiendo nuestros oídos, las insinuaciones de algunos que, aunque inflamados de un celo religioso, están faltos de ponderación justa y de juicio prudente en su forma de mirar las cosas. En la situación actual de la sociedad, no saben ver más que ruinas y calamidades (...). Nos parece necesario decir que disentimos totalmente de estos profetas de calamidades, que constantemente predicen catástrofes...”.

Con las palabras de la noche en la plaza, y con las palabras de la mañana en la basílica, se mostraba un tono vital, una forma de acercarse a la gente, tanto a la que formaba parte de la Iglesia como a la que estaba alejada de ella, que fue determinante para generar una gran clima de ilusión, y también de buena voluntad, que estimulaba las ganas de vivir la fe con mayor empuje por parte de los creyentes, y hacía creíble el mensaje cristiano para los no creyentes.

Y de hecho, este tono vital marcó ya todos los trabajos conciliares. Y se convirtió en algo así como la marca de fábrica del *aggiornamento* que el Concilio tenía como objetivo.

#### **Cuarta adquisición: Una Iglesia de todos**

Cuando el Concilio emprendió la preparación de uno de sus documentos básicos, la Constitución sobre la

Iglesia, tomó una decisión de gran significado: decidió que, después de un primer capítulo general sobre “el misterio de la Iglesia”, no organizaría su reflexión, como se había hecho durante siglos, comenzando por el papa y los obispos, sino que comenzaría hablando del conjunto de los cristianos. Y así, la Constitución dedica su segundo capítulo al conjunto del pueblo cristiano, del que todos los cristianos –laicos, presbíteros y obispos– forman igualmente parte, y además lo hace con un título que tiene resonancias de colectividad en la que todo el mundo participa: “El Pueblo de Dios”. Y en este capítulo recordará, además, que todos los bautizados comparten el mismo sacerdocio de Cristo, si bien hay algunos dentro de este pueblo de Dios que ejercen un ministerio específico.

Estas afirmaciones no eran, desde luego, ninguna novedad: en el Nuevo Testamento están muy presentes. Pero recordarlas de forma destacada, y hacerlo además antes de entrar a hablar de la estructura de la Iglesia, era todo un signo de novedad. No era habitual, hablar de la Iglesia en estos términos. Y servía, también, para destacar que los anhelos de una participación más colectiva en la vida eclesial no eran ninguna contaminación mundana, que estuviera en contra de lo que Jesús había establecido, sino que era precisamente lo contrario: lo que Jesús había querido para su comunidad, era que fuese una comunidad en la que todos tuvieran voz y fuesen hermanos entre los hermanos. Eso no significa, desde luego, que el Concilio quisiese abolir la función de la jerarquía como guía del pueblo cristiano. Però el tono pasa a ser claramente distinto del que se estilaba hasta entonces. Y cabe decir aquí que la reforma litúrgica fue también un símbolo de este hecho: la misa ya no sería algo que en última instancia realizaba el sacerdote solo,

sino que, para ser bien celebrada, exigía la participación de distintos ministerios. Y exigía, además, que todo el pueblo cristiano pudiese captar adecuadamente lo que se estaba haciendo.

En este mismo sentido, no estará de más recordar algo que parecerá que no tenga nada que ver con lo que estamos hablando, pero que refleja bien este espíritu. En la primera sesión conciliar, inmediatamente después de la inauguración, se había previsto que los obispos eligiesen las comisiones o grupos de trabajo que debían poner en solfa de forma ya definitiva los documentos que se habían ido preparando en la fase previa. Los padres conciliares, como es obvio, no se conocían demasiado entre sí, y por tanto lo lógico y previsible era votar para las comisiones a los obispos propuestos por la Curia romana, que eran los que hasta entonces habían preparado los materiales y eran, por tanto, los que en unas votaciones a ciegas tenían las de ganar. Pero hete aquí que, justo antes de la votación, el cardenal Achille Liénart, de Lille, de 78 años, pidió la palabra y, aunque no se la dieron, tomó el micrófono y reclamó que, para asegurar una elección representativa, se dejase tiempo para que los obispos hablasen entre sí, se conociesen, y elaborasen candidaturas aunque fuera informalmente. A la petición se añadió el cardenal Josef Frings, de Colonia, de 75 años. Y no hubo más remedio que suspender la sesión y aplazar las votaciones. Fue, sin duda, una acción bien preparada, que resultó clave para asegurar un Concilio democrático y no dirigido desde la Curia.

Pues bien. Creo que se puede decir que aquella reivindicación episcopal es todo un símbolo de lo que ha sido la Iglesia desde entonces. El derecho a pensar con la propia cabeza, el derecho a aportar la propia opinión, el



derecho a ejercer el espíritu crítico, el derecho a disentir, son ya elementos incorporados a la vida eclesial, y que pueden ejercer, y ejercen, tanto obispos como sacerdotes como laicos. Y eso no es precisamente un mal. No es un atentado contra la Iglesia que Jesús ha querido. Sino que es, al contrario, el ejercicio de este sacerdocio de los fieles que todos compartimos como bautizados. Y esta es una adquisición que, a pesar de todos los obstáculos y dificultades, no tiene marcha atrás.

### **Quinta adquisición: Una Iglesia religiosamente dialogante**

Simplificando, podríamos decir que antes la Iglesia consideraba que tenía toda la verdad, y que su objetivo era que los que estaban fuera se incorporasen a ella. Esta era la única forma de tener garantizada la salvación eterna. Y para conseguir esta incorporación, se reclamaba, allí donde era posible, el apoyo, por ejemplo, de las autoridades civiles.

El Concilio cambiará esta perspectiva. Y lo explicitará de forma muy clara en los documentos sobre ecumenismo, sobre las religiones no cristianas o sobre la libertad religiosa. Y también en otros documentos, por ejemplo en los apartados sobre el ateísmo que se encuentran en la Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual.

Desde luego que el Concilio no dirá en ningún momento que la Iglesia deja de considerar que tiene toda la verdad. De hecho, no tendría mucho sentido que dijese semejante cosa. Pero sí reconocerá las verdades que hay en las demás confesiones cristianas, o en las demás religiones, o en los mismos ateos, y las posibilidades de encontrar, cada uno desde su propia vivencia religiosa o humana, el camino

de la salvación. Sobre los ateos, por ejemplo, dirá, en el número 22 de la Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual: “Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en una forma de solo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual”.

Por todo ello, el Concilio significó un gran impulso a la participación de la Iglesia católica en todos los esfuerzos ecuménicos para lograr la unidad de los cristianos. Y junto con esto, significó también el inicio de contactos, al principio muy tímidos y que luego se han ido ampliando, con los judíos o con los musulmanes.

### **Sexta adquisición: Una Iglesia que se sitúa de un modo nuevo en el mundo**

El primer párrafo de la Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual dice: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”. Y a esta declaración de principios se puede añadir, para ver mejor cuál es la hoja de ruta que el Concilio propone, la afirmación que hace más adelante, en el número 42 del mismo documento: “La fuerza que la Iglesia puede comunicar a la actual sociedad humana radica en la fe y la caridad efectivamente vividas, y no en el ejercicio, con medios puramente humanos, de ningún tipo de poder”.

La Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual fue acusada, ya dentro del mismo Concilio, de ser excesivamente optimista respecto a las posibilidades humanas de construir un mundo digno. Se objetaba que el documento tenía poco en cuenta que la realidad humana está marcada por el pecado, y se decía que la única posibilidad de superar los males que afectan al mundo está en manos de la Iglesia: la Iglesia, se venía a decir, es la única que sabe lo que hay que hacer para construir dignamente el futuro de la humanidad.

De hecho, esta adquisición, la de cambiar la forma de situarse en el mundo, será la más difícil de poner en práctica de las siete que aquí hemos recogido. La Iglesia, durante siglos, había vivido convencida de que le correspondía a ella –a su jerarquía, para ser precisos– decidir qué estaba bien y qué estaba mal, y se le hacía muy difícil aceptar perder este poder. Y de hecho, las experiencias de un mundo que fracasa una y otra vez en construirse dignamente eran un buen motivo, o pretexto, para seguir defendiendo este derecho. Costaba mucho aceptar que, después de tantos siglos de poder, había que cambiar el modo de ver las cosas y reconocer que el mundo debía gestionarse por sí mismo, y que la aportación de la Iglesia debía ser una aportación de propuesta, no de imposición. Costaba mucho aceptar que, después de tantos siglos de poder, ahora lo que tocaba, por fidelidad al Evangelio, era aceptar estar a la intemperie. Costaba mucho reconocer que fuera de la Iglesia había planteamientos y actuaciones que eran ejemplos de seguimiento del Evangelio, y de los que la Iglesia y los cristianos debían estar dispuestos a aprender humildemente. Y costaba mucho también cambiar una actitud profundamente arraigada en el cuerpo eclesial: la actitud de poner la defensa de los derechos

que la Iglesia considera que tiene, en el nivel que sea, por delante de la defensa de los derechos de las personas, sean católicas o no.

La Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual fue aprobada en el año 1965. El año anterior, sin embargo, el papa Pablo VI había abordado ya el tema de la relación entre la Iglesia y el mundo en la encíclica *Ecclesiam suam*. Allí, afrontaba con un tono mucho menos optimista la realidad del mundo y resaltaba sus males y errores. Pero su respuesta no era decir que el mundo debía guiarse por los criterios que dictase la Iglesia, sino decir que lo que la Iglesia tenía que hacer era entrar en diálogo con la humanidad y aportar ahí todo lo que crea que debe aportar.

Esta, como hemos dicho, será la adquisición probablemente más difícil de poner en práctica. Y es cierto que la constitución conciliar probablemente pecó de optimista o, si se quiere, de ingenua. Pero no en el sentido que decían los que la criticaban –es decir, en el sentido de creer que el mundo no estaba en condiciones de gestionarse sin la tutela de la Iglesia–, sino en el sentido de que la Iglesia misma, al hacer estas afirmaciones de comunión con el camino del mundo y de deseo de aportación a través del diálogo, no previó que le tocaría encontrarse en situaciones de conflicto, en las que debería tomar partido, o en que su palabra sería rechazada, o en que ella misma sería cuestionada. Pero esto, evidentemente, no significa que el planteamiento conciliar sea erróneo: significa, solo, que ponerlo en práctica resulta difícil.

## **Séptima adquisición: Una Iglesia que quiere ser la Iglesia de los pobres**

La expresión “Iglesia de los pobres” la formuló por primera vez el papa Juan XXIII en el radiomensaje con el que, el 11 de septiembre de 1962, justo un mes antes de la inauguración del Concilio, quiso presentar el acontecimiento al mundo. Entonces dijo: “Ante los países subdesarrollados, la Iglesia se presenta como es y quiere ser, como la Iglesia de todos, y particularmente la Iglesia de los pobres”.

Iniciado ya el Concilio, el 20 de octubre los padres conciliares quisieron enviar un mensaje al mundo mostrando su solidaridad con los grandes problemas de la humanidad. Y escribieron: “Dirigimos continuamente nuestro pensamiento a todas las angustias que hoy afligen a la humanidad; por ello, en primer lugar, nuestra solicitud es para los más humildes, los más pobres, los más débiles; siguiendo el ejemplo de Cristo, sentimos compasión por la multitud que sufre por el hambre, la miseria y la ignorancia; constantemente con la mirada hacia todos los que, faltos de la ayuda necesaria, aún no han alcanzado una condición de vida digna. Por este motivo, en el transcurso de nuestros trabajos tendremos en gran consideración todo lo que concierne a la dignidad humana y todo lo que contribuye a la verdadera fraternidad de las naciones”.

Y es que, realmente, si el Concilio quería ser, como hemos dicho antes, un retorno a las fuentes del Evangelio para encontrar allí las actitudes que debían guiar a la Iglesia en los momentos actuales, la atención a los pobres y a los que sufren tenía que ser un punto clave. Y lo fue.

Esta mirada hacia los pobres tenía como una doble vertiente. La primera, ver qué cosas había que cambiar dentro de la propia Iglesia para ser realmente la Iglesia de los pobres. Y así, durante aquellos años conciliares se fueron sucediendo los gestos que querían significar un alejamiento de la riqueza y del poder. Uno especialmente significativo fue, por ejemplo, la renuncia del papa Pablo VI a la tiara, en 1964. Eran signos, pero representaban una voluntad sincera, y se traducían luego en una forma nueva de presencia en el mundo.

Y luego estaba la segunda vertiente. La de hacer de los pobres un punto de referencia básico en la acción de la Iglesia. Y cabe decir que los pasos dados en este sentido fueron, y siguen siendo, tanto en la reflexión teórica como en la acción concreta, realmente notables. De aquí nació, como resultado más visible –y conflictivo–, la teología de la liberación latinoamericana, que a pesar de todas las críticas y condenas ha logrado impregnar indiscutiblemente la vida eclesial. Y junto con ella, muchas otras realizaciones a muchos niveles.

En el apartado anterior citábamos aquel texto emblemático de la relación de la Iglesia con el mundo actual con el que se inicia la Constitución que trata de este tema. Allí, un inciso señala claramente este camino: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren...”. Sobre todo de los pobres y de cuantos sufren. Y es que la Iglesia, cuando mira hacia el mundo, tiene que mirar sobre todo en esta dirección, si quiere ser fiel al Evangelio. Y el Concilio lo quería ser.

**Josep Lligadas**

*Director de la colección “Emaús”*